

no:—Ya sabe vd. que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á vd. que, si es menester, le haga algun recuerdo de mi lealtad y de mi celo.—Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le ecshortaré á que te deje alguna buena manda. Cuando llegamos á casa hallamos todavía al enfermo despejado, y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que le dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al sangrador que venia á hacerle otra sangría.—Deténgase, maese Martin, le dijo el ama; ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraris á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo, de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que, encontrándoseme al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose, me dijo:—*No ha sido echado en olvido Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi ecsangüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de ecshalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto antes á sus enfermos: con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua, y á tantas sangrías, volvió las espaldas, diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no dádole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó tambien, siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer dia habian desahuciado al licenciado. Y en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos un concierto de fúnebres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy pronto, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron que el canónigo habia muerto *ab intes-*

*tato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento dispuesto con las formalidades necesarias: y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña, pronunciaron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, sin olvidarme á mí, que verdaderamente lo merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se esplicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo:—*Item, por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio, le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin esceptuar ninguno*.

No sabia yo donde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles; y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se titulaba: *El Cocinero perfecto*; otro trataba de la *indigestion, y del modo de curarla*; los demas eran las cuatro partes del breviario, medio roidas de la polilla. En cuanto á los manuscritos, el mas curioso era todos los autos de un pleito que habia seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Despues que ecsaminé mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, se lo cedí á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia á cuestras, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el canónigo le habia dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.





## CAPÍTULO III.

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo, y se hace famoso médico.



RESOLVÍ ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero cuando estaba muy cerca del rincón donde vivía, me encontré con el doctor Sangredo, á quien no había visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme:—Hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir.—Como vd., dije, no pida mas, délo todo por hecho.—Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente; te trataré con distincion; no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia; te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Acepté la proposicion del doctor con la esperanza de salir un célebre médico bajo la direccion de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reduciase éste á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducía toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografía, escribía tan mal, que por lo comun no se podia comprender lo escrito. Encargóme, pues, á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuario*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribía, por decirlo así, los nombres

de los que querian partir de este mundo, ni mas ni menos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho la facultad, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivía muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas ó queso, era nuestra comida ordinaria. Decía que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no quería que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon; pero si á la criada y á mí nos prohibía comer mucho, en recompensa nos permitía beber agua sin tasa. Lejos de andar en esto con escasez, nos decía muchas veces:—Bebed, hijos míos: la salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella le acelera. ¿Está rápido y precipitado? le detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebía mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definía la vejez diciendo era una tisis natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion, lamentaba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenía que antes bien los desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, así para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos racionios, á los ocho dias que estuve en aquella casa, padecí una diarrea, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que comía. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendría á condescender, y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para tener semejante condescendencia.—Cuando te hayas acostumbrado á beber agua, me dijo, conocerás sus virtudes. Por lo demas, si te disgusta mucho el agua pura, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica les comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de amapola.

Por mas que ponderase las escelencias del agua, y por mas que me en-

señase el modo de componer bebidas esquisitas sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion que, advirtiéndolo él, me dijo un dia:—Ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud, porque no bebes bastante, amigo mio; el agua bebida en poca cantidad solo sirve para remover la porcion de la bñlis, y darle mayor vigor y actividad, cuando es necesario anegarla en un diluyente copioso. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite ni enfríe demasiado el estómago. Lejos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador de su buen efecto, y si no te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá á abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos espesos que los que, por beber vino, se escusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indócil cuando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon; y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, bajo la fe de Celso; ó por mejor decir, comencé á anegar la bñlis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas desazonado, pudo mas la preocupacion que la esperiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de dejar la casa del doctor Sangredo; pero éste me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de parecer.—Mira, hijo, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dejan envejecer á los criados sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento con tigo, te quiero; y, sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas sutil del saludable arte que profeso tantos años ha. Los demas médicos piensan consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo intento abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la fisica, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábeta, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y hacer beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí: este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no ha podido ocultar á mis profundas observaciones, manteniéndose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes de raiz toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas esperiencias, serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes

aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo asistiré á la nobleza y al clero: tú visitarás á los del estado general que me llamaren, y despues de haber ejercido algun tiempo, haré te incorporen en nuestro gremio. He aquí, Gil Blas, que ya eres sabio, sin ser médico, cuando otros por muchos años, y la mayor parte toda la vida, son médicos antes de ser sabios.

Dí gracias al doctor por haberme puesto en estado en tan poco tiempo, de ser sustituto suyo; y en señal de mi agradecimiento le ofrecí que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que fuese á visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para presentarme en trage de médico. Hecho esto me dispuse á practicar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad, y que no se negasen á darle de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero, á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No tuve mas compasion de su sangre que de la del alguacil, y fuí muy liberal en mandarle dar agua caliente. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo ejercicio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Cedillo. Miróme atento y atónito por algun tiempo, y despues dió una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No dejaba de tener razon: llevaba yo una capa tan larga que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobran mucho para dos cuerpos como el mio. En fin, mi figura podia pasar por original y grotesca. Dejéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado, si no me contuviera el decoro de la calle, y la representacion de médico, que no es un animal risible. Si mi ridículo trage habia movido á risa á Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y despues que se rió cuanto quiso:—¡Por cierto, Gil Blas, exclamó, que estás estrafalariamente puesto! ¿quién diablos te ha disfrazado así?—Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábeta que soy sustituto del doctor Sangredo, médico el mas famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina, de manera que, como él no puede visitar á todos los enfermos que le

llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. Él asiste á la gente principal, y yo á la plebe.—¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya, y él se ha guardado la ilustre. Doite el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas ejercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son menos sabidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alejandro) si yo no fuera Fabricio, querria ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Nuñez conociese que no ecsageraba ni mentia en alabar tanto mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era, por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago no se quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo parage.

